

La institución de los sacrificios

Cain presentó al Señor una ofrenda del fruto de la tierra. Abel también presentó al Señor lo mejor de su rebaño (Génesis 4: 3, 4).

LA BIBLIA NO DICE CUÁNDO LOS SERES HUMANOS comenzaron a ofrecer sacrificios. Pero sabemos que Dios los instituyó como un medio para educarlos en el plan de salvación: «El sacrificio de animales fue ordenado por Dios para que fuese para el hombre un recuerdo perpetuo, un penitente reconocimiento de su pecado y una confesión de su fe en el Redentor prometido. Tenía por objeto manifestar a la raza caída la solemne verdad de que el pecado era lo que causaba la muerte» (*Patriarcas y profetas*, p. 54). Su propósito era «mantener delante del hombre caído lo que la serpiente había hecho que Eva no creyera, que la paga de la desobediencia es la muerte» (*Cristo en su santuario*, p. 25). Así que Dios quería enseñar tres cosas importantes mediante la institución de los sacrificios: El reconocimiento penitente del pecado, el convencimiento de que la paga del pecado es la muerte, y la confesión de fe en un redentor venidero.

Adán y Eva fueron instruidos en este ritual del sacrificio de animales, lo que fue para ellos una experiencia demoledora, pues no habían conocido la muerte: «Para Adán el ofrecimiento del primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que solo Dios podía dar. Por primera vez iba a presenciar la muerte, y sabía que si hubiese sido obediente a Dios no la habrían conocido el hombre ni las bestias. Mientras mataba a la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del Cordero inmaculado de Dios» (*Patriarcas y profetas*, p. 54).

El primer sacrificio realizado por seres humanos dedicado a Dios lo hallamos en el capítulo cuatro de Génesis. Es el relato de las ofrendas presentadas por Cain y Abel. El texto no dice que ellos presentaron estas ofrendas a Dios porque él las haya requerido: «Estos hermanos [...] conocían el medio provisto para salvar al hombre, y entendían el sistema de ofrendas que Dios había ordenado» (*ibíd.*, p. 58).

Noé construye un altar

Luego Noé construyó un altar al Señor, y sobre ese altar ofreció como holocausto animales puros y aves puras (Génesis 8: 20).

EL SISTEMA DE SACRIFICIOS FUE INSTITUIDO tan pronto como nuestros primeros padres fueron expulsados del Edén. Tenía por objeto educarlos en el plan de la salvación, e incluía como elementos básicos el reconocimiento del pecado, la confesión y la fe en el salvador venidero. Los primeros hermanos que vivieron en este mundo, Caín y Abel, lo aprendieron de sus padres. Sabían que «mediante esas ofrendas podían expresar su fe en el Salvador a quien estas representaban, y al mismo tiempo reconocer su completa dependencia de él para obtener perdón; y sabían que sometiendo así al plan divino para su redención, demostraban su obediencia a la voluntad de Dios. Sin derramamiento de sangre no podía haber perdón del pecado; y ellos habían de mostrar su fe en la sangre de Cristo como la expiación prometida ofreciendo en sacrificio las primicias del ganado» (*Patriarcas y profetas*, p. 58). Especialmente de Abel se dio este testimonio: «Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que el de Caín, por lo cual recibió testimonio de ser justo, pues Dios aceptó su ofrenda» (Heb. 11: 4).

La siguiente persona que se menciona que ofreció un sacrificio a Dios, fue el patriarca Noé. Se dice que lo hizo después del diluvio, cuando salieron del arca. Fue su primer acto de culto sobre la nueva faz de la tierra. Lo hizo como una expresión de gratitud por la liberación divina y una expresión de fe en Dios: «Noé no se olvidó de Dios, que los había protegido tan bondadosamente; en seguida erigió, en cambio, un altar y tomó de todos los animales limpios y las aves limpias, y los ofreció en holocausto sobre él para manifestar así su fe en Cristo, el gran Sacrificio, y su gratitud a Dios por su maravillosa protección» (*La historia de la redención*, p. 72). Noé construyó el primer altar que se menciona en las Escrituras, aunque eso no quiere decir que antes no hayan edificado altares.

Los sacrificios en la era patriarcal

El Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda (Génesis 4: 4, 5).

LA PRÁCTICA DE OFRECER SACRIFICIOS a Dios, instituida después de la caída del hombre, aparentemente llegó a ser la norma para las generaciones subsiguientes. Adán la pasó a sus hijos, Caín y Abel. Pero Caín, al ofrecer sacrificios a Dios, se rebeló contra la instrucción de sus padres, y ofreció el sacrificio de una manera distinta de la ordenada por Dios. Esa fue la razón por la que la ofrenda de Caín no fue aceptada como lo fue el sacrificio de Abel: «Caín desobedeciendo el directo y expreso mandamiento del Señor, presentó solo una ofrenda de frutos» (*Conflicto y valor*; p. 24). Dios había ordenado un sacrificio cruento de animales, y Caín quiso traer su propia ofrenda de verduras. Como sabemos, esto despertó la ira de Caín contra Abel, al que terminó asesinando, inaugurando así una era de crimen y violencia en la tierra.

El sacrificio que Noé ofreció debe haber sido costumbre en la era patriarcal: edificar un altar sobre el cual ofrecer sacrificios de animales. Primeramente lo hacían en los lugares donde vivían, y luego en los sitios donde peregrinaban. Se los llamaba holocaustos, que significa «todo quemado», porque la víctima era totalmente quemada sobre el altar. Eran ceremonias de adoración y consagración a Dios. El ejemplo de Abraham llegó a ser típico: «Allí el Señor se le apareció a Abram y le dijo: “Yo le daré esta tierra a tu descendencia”. Entonces Abram erigió un altar al Señor, porque se le había aparecido. De allí se dirigió a la región montañosa que está al este de Betel, donde armó su campamento, teniendo a Betel al oeste y Hai al este. También en ese lugar erigió un altar al Señor e invocó su nombre» (Gén. 12: 7, 8).

La adoración de un Dios espiritual

*Entonces el criado de Abraham se arrodilló y adoró al Señor
(Génesis 24: 26).*

LOS PATRIARCAS ADORABAN a Dios mediante sacrificios ofrecidos en los altares que construían por donde pasaban. Estos altares eran de piedra, provisionales y transitorios. El altar de los holocaustos de la era patriarcal sirvió de base para el ceremonial del santuario cuando el pueblo de Israel fue al desierto. Allí, la adoración y el culto se centraban también en el altar de los holocaustos, llamado altar de bronce, aunque era de madera con un enrejado y una cobertura de bronce.

Los altares de piedra de la era patriarcal eran erigidos en distintos lugares. Esto le dio un elemento particular a la adoración: no estaba confinada a un determinado lugar. Los patriarcas deben haber enfatizado en la mente del pueblo que a Dios se lo puede adorar en todas partes. Esto era una gran ventaja. Pero a los fines educativos, el lugar de adoración y sacrificio tenía la limitación de la precariedad. El santuario que lo sucedió contenía más instrucción con respecto al perdón, la intercesión y la expiación.

Sin embargo, a causa de que el pueblo de Israel se había acostumbrado a la idolatría en Egipto, y se había familiarizado mucho con las representaciones materiales de Dios, llegó a ser incapaz de una adoración espiritual. Durante el tiempo que permanecieron en Egipto, especialmente en la última etapa de su estancia allí, cuando llegaron a ser esclavos, perdieron de vista el hecho de que Dios es Espíritu, y que se lo puede adorar en cualquier lugar. La adoración pagana era y es una religión de adoración objetiva, donde los adoradores tienen que visualizar al dios para poder adorarlo. Esto llevó al confinamiento de sus dioses. Tenían que estar en templos y nichos, y había que ir allí para adorarlos. Pero con el Dios de Israel no era así.

El único altar

«Después me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes»
(Éxodo 25: 8).

LOS ISRAELITAS se acostumbraron tanto a la idolatría reinante en Egipto, que perdieron la capacidad de adorar a un Dios espiritual, como lo habían hecho los patriarcas durante sus peregrinaciones. Ni siquiera pudieron ofrecer sacrificios a Dios durante sus años de cautiverio y esclavitud: «A causa de la supersticiosa veneración que los egipcios rendían a los animales, no se les permitió a los hebreos que ofrecieran sacrificios. Así sus pensamientos no fueron dirigidos al gran Sacrificio por medio de este culto, y su fe se debilitó» (*Patriarcas y profetas*, p. 345).

En las peregrinaciones iniciales del éxodo, frecuentemente los israelitas se preguntaban si Dios estaba con ellos. Sabían que los paganos tenían sus dioses en nichos y altares, y había templos para ir a adorarlos. Tenían estatuas y figuras que los representaban. Pero, ¿dónde estaba el Dios de Israel? ¿Cómo estar seguros de su presencia? Dios se compadeció de la incapacidad espiritual de ellos, y les dio el santuario como un símbolo de su presencia. Es posible que si hubiesen sido más maduros espiritualmente, los servicios del santuario no hubieran sido ordenados. Pero Dios les dio el santuario y su ritual para preservarlos de la idolatría reinante.

Ahora bien, mediante el tabernáculo y la nube que se posaba sobre él de día, y la columna de fuego durante la noche, los israelitas sabían que Dios estaba con ellos en el campamento. Para vencer la tendencia idolátrica de la mentalidad egipcia, que había saturado a los israelitas, Dios, en su misericordia, centralizó la adoración en el santuario. Ellos ya no podían adorar a Dios en cualquier parte. Debían presentarse delante del santuario. Ya no podían ofrecer sacrificios en cualquier altar, ni era permitido que erigieran otros altares. Debían acudir delante del altar del Señor, y allí ofrecer sus sacrificios ordenados. Cualquier otro tipo de altar o sacrificio era idolátrico, y, por lo tanto, prohibido bajo pena de muerte. El concepto de un Dios y una adoración espirituales obviamente se redujo.

Adoración espiritual

El que se une al Señor se hace uno con él en espíritu (1 Corintios 6: 17).

LA INSTITUCIÓN DEL SISTEMA de sacrificios y los servicios del santuario nació como consecuencia de la incapacidad del pueblo para rendir a Dios una adoración espiritual. Dios se compadeció de sus hijos, y les dio el ritual del santuario para preservarlos de la idolatría reinante.

Dios quiere una adoración espiritual. ¿Qué significa esto? Es el culto que se rinde a Dios mediante las facultades del espíritu. Son posibles solo en los seres humanos, porque están vinculadas con las facultades superiores de la mente. Estas facultades dependen del raciocinio y la inteligencia, que solo tienen los seres humanos en este mundo. Los animales no pueden adorar a Dios, porque carecen de estas facultades superiores.

Cuando Dios creó al primer hombre y a la primera mujer, los creó como seres inteligentes, para que pudieran tener relación con él. Dice la Biblia: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza.» [...] Y Dios creó al ser a su imagen; lo creó a imagen de Dios» (Gén. 1: 26, 27). Esta imagen de Dios en el hombre tiene que ver en primer lugar con el hecho de que el ser humano fue creado como ser libre e inteligente, para tener una comunión estrecha e íntima con su Hacedor. Dios dotó a los seres humanos con la capacidad de relacionarse con él espiritualmente. Esto implica que podamos sentir la presencia de Dios, sin palparlo; ver a Dios con la mente, sin necesidad de usar el sentido de la vista; oír a Dios, sin que tengamos que usar nuestros oídos. Que podamos adorar a Dios con nuestra mente: Esto es lo que significa una adoración espiritual. Cuando el ser humano desarrolla estas facultades, no necesitamos un lugar físico ni permanente para adorar a Dios. Puede estar en todas partes, donde estemos nosotros; allí podemos adorarlo. En esto consiste la adoración espiritual.

¿Dónde vive Dios?

El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies. ¿Qué casa me pueden construir? ¿Qué morada me pueden ofrecer? (Isaías 66: 1).

EL SER HUMANO FUE CREADO con una dimensión espiritual semejante a su Creador, razón por la cual podemos adorarlo con las más altas facultades del espíritu. Pero debemos desarrollar toda facultad dada por Dios; de otra manera, se va deteriorando y eventualmente se pierde. Por eso, nuestro Señor, hablando de los talentos, dijo: «A todo el que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene» (Mat. 25: 29; Luc. 19: 26). En Egipto, los israelitas fueron perdiendo su facultad espiritual de entender a Dios por medio de las facultades del espíritu. Se incapacitaron tanto, que Dios condescendió con ellos y les dio el santuario, como una demostración objetiva de su presencia. Por eso, el santuario se llama “tabernáculo”, es decir, morada de Dios.

Desde el punto de vista puramente humano, el santuario era la casa de Dios. Aun hoy, los templos actuales reciben ese nombre. El tabernáculo era una especie de casa. Tenía dos recintos. El primero, era lo que llamaríamos la estancia, donde estaba la iluminación (el candelero), un lugar para perfumar el ambiente (el altar de incienso) y el comedor (la mesa de los panes). Después estaba la alcoba (lugar santísimo), donde estaba la morada real de Dios en la *shekina*. Al ver el tabernáculo, el israelita común podía decir: «Dios está con nosotros».

Todo esto era la condescendencia de Dios ante una mentalidad que no había crecido espiritualmente. Algunas personas reflexivas y más espirituales, deben haberse dado cuenta de que esto era el esfuerzo divino para comunicar seguridad y confianza a su pueblo. Salomón lo expresó así cuando dedicó el templo, años después: «Pero ¿será posible, Dios mío, que tú habites en la tierra? Si los cielos, por altos que sean, no pueden contenerte, ¡mucho menos este templo que he construido!» (1 Reyes 8: 27).